

DOCE CUENTOS

DE JUAN ARAGONÉS,

INCLUSOS EN LA EDICION DEL ALIVIO DE CAMINANTES DE JUAN DE TIMONEDA (*).

CUENTO PRIMERO.

El duque de Ferrara tenía un truhán, y como un día el duque dijese no haber en toda Ferrara mas de hasta quince ó veinte físicos, contradijole el truhán, diciendo que había mas de cuatrocientos. Dijo el duque que no era así. Respondió el truhán que apostaría con su señoría doscientos escudos que había mas de los cuatrocientos físicos que decía. El duque, riendo, dijo que le placía, y así apostaron. El truhán, otro día por la mañana, púsose muchos paños por los carrillos, fingiendo que tenía mal de muelas, y púsose á la puerta de la iglesia, donde el duque había de ir á misa, y llevó consigo un su hijo, al cual mandó, que á todos los que le diesen medicina para su mal, que los pusiese en escrito. Pues como el duque viniese á misa y ballase á su truhán entrapado, dijole: ¿qué es esto, fulano? Respondió el truhán: señor, he tenido y tengo tan gran dolor de muelas, que estoy fuera de sentido. Dijole entonces el duque: para ese mal tomarás tal y tal yerba, y harás un emplasto desta y esta manera, y ponértelo has; y sobre mi cabeza, que luego ternás salud. Haciendo todo aquello escribir, el duque se entró en misa, y luego cuantos entraban y salían daban al truhán medicinas para su mal, y así escribió mas de seiscientos físicos en su memorial, y quitándose sus trapos, fué luego á palacio, y dijo al duque: «¿está todavía vuestra señoría en que no hay en Ferrara mas de quince ó veinte físicos? — Sí, dijo el duque, y lo torno á apostar de nuevo contigo. — Pues que vuestra señoría torna á afirmar ser así, yo le quiero dar á entender al contrario;» y sacando el memorial, le enseñó ser el mesmo duque físico, con todos los que le habían dado remedio para su mal. Conociendo el duque la verdad, le mandó dar los doscientos escudos que con él apostó.

CUENTO II.

A Garcí Sanchez le acaesció, que estando penado por una dama, subióse muerto de sus amores á un terrado que tenía, desde donde algunas veces la podía ver. Y estando allí un día, un grande amigo suyo lo fué á ver: el cual, preguntando á sus criados que adónde estaba, le fué dicho que allá arriba en el terrado. El se subió derecho allá, y hallándolo solo, le dijo, que cómo estaba allí. Respondió prontamente Garcí Sanchez: «¿adónde puede estar mejor el muerto que en terrado?» Dando á entender que pues estaba muerto, era razon que estuviere enterrado.

CUENTO III.

Solia un villano muy gracioso llevar á un rey muchos presentes de poco valor, y el rey holgábase mucho, por cuanto le decía muchos donaires. Acaesció que una vez que el villano tomó unas truchas, y llevólas (como solía)

(* La edición hecha en Alcalá el año 1576 del Alivio de caminantes, de Juan de Timoneda, empieza por estos doce cuentos, diciendo después del prólogo: *Siguense los cuentos, los cuales son de otro autor, llamado Juan Aragonés, que sancta gloria haya.* Hemos creído conveniente darlos por separado.

á presentar al rey. El portero de la sala real, pensando que el rey haría mercedes al villano, por haber parte, le dijo: «no te tengo de dejar entrar, si no me das la mitad de lo que el rey te mandare dar.» El villano le dijo, que le placía de muy buena voluntad, y así entró y presentó las truchas al rey. Holgóse con el presente, y mas con las gracias que el villano le dijo; y muy contento le dijo, que le demandase mercedes. Entonces el villano dijo que no quería otras mercedes, sino que su alteza le mandase dar quinientos azotes. Espantado el rey de lo que le pedía, le dijo que cuál era la causa por que aquello le demandaba. Respondió el villano: «señor, el portero de vuestra alteza me ha demandado la mitad de las mercedes, y no hallo otra mejor parte que á él le quepan doscientos y cincuenta azotes.» Cayóle tanto en gracia al rey, que luego le hizo mercedes, y al portero mandó castigar.

CUENTO IV.

Acaesció que un caballero de alta sangre, pobre de hacienda, servía á una señora muy rica y hermosa; mas de linaje de las doce tribus. Y como ella se viese tan poderosa y hermosa, no solamente menospreciaba al caballero, mas hacia burla dél por ser pobre. Pues como un día esta estuviese á la ventana y él llegase y le suplicase hiciese por él, dijo ella á un paje suyo: «dame un dinero.» Dado que se le hubo, tomólo ella y arrojólo como por limosna, motejándolo de pobre. El caballero, como vió el dinero en tierra, dijo á un criado suyo, de manera que la dama lo pudo bien oír: «mozo, toma ese dinero, y guárdalo bien, porque es uno de los treinta.»

CUENTO V.

Era un rey muy liberal en cuanto hacia, y las cosas que le presentaban, de cualquiera persona que fuesen, las recibía en servicio, y hacia mercedes á los que con simple intencion se las traían. Acaesció pues que un labrador, hecho al buen tiempo, halló un grande y muy poderoso rábano, el cual juzgó en su pensamiento que no era digna otra persona de comerlo, sino solamente el rey; y así tomó su rábano, y se lo fué á presentar, diciendo: «señor, tome vuestra alteza este rábano, y cómaselo; que yo no hallo otro que lo merezca comer (segun es grande) sino vuestra alteza.» El rey, conociendo su simpleza, recibió el rábano, y dijo á su mayordomo que lo guardase, y mandóle dar cinco mil escudos en pago de su simple intencion. Sabidas y publicadas las grandes mercedes que el rey hizo por el rábano, otro labrador halló en una heredad suya un grande y muy poderoso membrillo, que como le vió, luego dijo: «este membrillo no pertenece sino para el rey; y si por el rábano dió cinco mil escudos, por este que vale al doble, bien dará diez mil.» Con este pensamiento y cobdicia lo llevó luego á presentar al rey, diciendo: «señor, tome vuestra alteza este membrillo, que no lo merece comer otro sino él.» El rey, como era discreto y de entendimiento delicado, luego conoció que aquel labrador

venia con demasiada cobdicia. Tomando pues el membrillo en sus manos, alabándolo mucho, dijo á su mayordomo: «tomad este membrillo, y guardadlo muy bien, y traedme el rábano que el otro día os mandé guardar.» Haciendo así el mayordomo, tomó el rey con sus propias manos el rábano, y dijo al labrador: «toma, hombre honrado, este rábano, que yo os juro por mi corona real, que él me costó cinco mil escudos.» Así el labrador cobdicioso se fué corrido y confuso, pensando haber por el membrillo al doble que el otro por el rábano. Por cierto el rey fué sapientísimo en tener conocimiento de las intenciones de aquellos labradores.

CUENTO VI.

Debajo de Zaragoza, en la ribera del río Ebro, está la ciudad de Tortosa, por el cual río suelen ir y venir muchas barcas con provisiones. Acaesció pues que subiendo acia Zaragoza por el camino real un hombre junto al río, muy alto de cuerpo y tuerto de un ojo, topó á otro muy pequeño y corcovado, de tal manera que casi iba el pecho por tierra. Y como el tuerto así lo vió, queriéndolo motejar de corcovado ó jiboso, no mirando él sus faltas, díjole: «hombre de bien, ¿adónde van las barcas?» El corcovado, alzando la cabeza, como vió al otro sin ojo, respondió: «señor, á Tortosa.»

CUENTO VII.

En el tiempo del rey don Fernando acaesció, que habiendo de venir la corte á Madrid, mandó la villa que todos los vecinos toldasen la delantera de su casa, por do el rey había de pasar, so pena de tantos mil maravedís. Velasquillo, un truhán muy famoso del mismo rey, vivía en la calle, y no tenía paños de corte para poner en la delantera de su puerta: el cual por no caer en la pena que la villa había puesto, tomó una haca que tenía, y colgóla desde una ventana encima de la puerta, la cabeza cara abajo. Como el rey pasase y la viese colgada, rióse mucho en verla, y preguntó quién la había colgado allí. Fuéle respondido, que Velasquillo su truhán. Mandóle llamar, y díjole, que por qué había colgado su haca. Respondió: «señor, porque no tenía paños para servir á vuestra alteza, quise servirle con hacer á mi haca paramento para rescebille.» Cayóle al rey en tanta gracia, que le mandó que fuese á palacio y descolgase los paños de corte que quisiese y se los llevase, para cuando entrase en la villa, con ellos lo pudiese honradamente recibir. Y como no se dijese al sordo ni al perezoso, prontamente fué á palacio y se proveyó dellos.

CUENTO VIII.

Como Velasquillo era muy gracioso en decir, lo mismo era en obrar. Acaesció pues que tres caballeros, yéndose paseando, toparon á un hombre que traía una grande trucha, los cuales se la compraron, y concertaron de convidar á Velasquillo á ella, con condicion que cada uno dijese un dicho de la sagrada Escritura al propósito, y tomase una parte de la trucha. Mandáronla hacer tres partes: la una de la cabeza, la otra del medio, la otra de la cola, y que la cociesen con muchos ajos; y estando aparejada, llamaron á Velasquillo con el dicho concierto; y asentándose á la mesa todos cuatro, sacaron la trucha en un gran plato con el caldo de ajos en que la habían cocido. El uno de los caballeros, alargando la mano, tomó la parte de la cabeza, diciendo: *In capite libri scriptum est de me*. El otro tomó la parte del medio, diciendo: *In medio consistit virtus*. Luego acudió el otro y tomó la cola, diciendo: *In-cola ego sum in terra*. Velasquillo, que se vió sin nada, tomó el plato de los ajos con entrambas ma-

nos, diciendo: *Asperges me domine hysopo; y echóselos por encima á todos.*

CUENTO IX.

Estando la corte en Toledo, acaesció que andaba un caballero enamorado de una dama muy hermosa; y suplicándole un día tuviese por bien de darle audiencia, ella le respondió, que al presente no había lugar, que se volviese á la tarde, que ella haría lo que él tanto deseaba. El con aquella palabra se despidió, y aguardó á la hora concertada, donde se fué á la casa de la señora, y hallóla que estaba á su ventana, mondando una pera con un cuchillo pequeño, el cual como así la vió, le dijo: «señora, ¿es pero, ó espera?» Respondió ella tan presto: «no es sino *gañivete*.» Entonces el caballero, como sabía qué era, luego la entendió, y volviendo las riendas á su caballo, se fué. Fué sin duda la respuesta de la dama sabia y delicada, y la pregunta del caballero delicada y aguda. Por cuanto el caballero quiso decir: «señora, ¿es-pero yo á vuestra merced, ó espérame ella á mí? Y porque entonces no había lugar para poder entrar el caballero, porque estaba la posada embarazada con otro que estaba dentro, respondió ella á esta causa: «no es sino *gañivete*.»

CUENTO X.

Un gentil hombre estaba muy enamorado de una dama, y por parecerle bien, mandó hacer una gran cadena de latón morisco, y mandóla dar por encima una color de oro, y así andaba muy potente con su sobredorada cadena al cuello. Acaesció que un día halló sola á la dama, y después de muchas pláticas díjole: «juro á tal, señora, que estoy el mas aparejado hombre del mundo, para darle un par de toques.» Respondió ella prestamente: «dadlos vos, señor, á vuestra cadena, que ella os dirá quién es.» La cual respuesta fué bien avisada.

CUENTO XI.

Habiendo hecho un enojo Velasquillo á la reina, mandóla sentenciar á muerte. El, viendo que determinadamente había de morir, suplicó á la reina que le dejase escoger la muerte, y que estuviese presente á verle morir: al fin ella se lo concedió. Entonces él escogió que quería morir despeñado; y estando toda la corte al salto que había de saltar, esperando lo que había de suceder, llegó siete ú ocho veces Velasquillo al salto, y tornábase atrás, que no osaba arrojarle. Un caballero muy enojado, porque hacia detener allí á la reina, díjole: «¡oh cuerpo de tal con el cobarde, que ha llegado al salto siete ú ocho veces, y no ha osado arrojarle de miedo!» Volvióse á él Velasquillo, y díjole: «pues si tan esforzado os ballais, tomadlo vos en veinte saltos, que yo os lo doy.» La reina, que aquello oyó, cayóle tanto en gracia, que le perdonó la muerte, y aun le hizo mercedes.

CUENTO XII.

Al afamado poeta Garci Sanchez de Badajoz, el cual era natural de Ecija, ciudad en el Andalucía: este varon delicado, no solamente en la pluma, mas en promptamente hablar lo era. Acaescióle, que estando enamorado de una señora, la fué á festejar delante de una ventana de su casa, á la cual estaba apartada. Pues como encima de su caballo le hiciese grandes fiestas, dando muchas vueltas por su servicio, acertó de tropezar el caballo; y como la señora lo viese casi caído en tierra, dijo de manera que él lo pudo oír: «los ojos.» Respondió él tan presto, y sin tener tiempo para pensar lo que había de decir: «Señora, y el corazon Vuestros son.»

EL SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES,

DE JUAN DE TIMONEDA,

EN EL CUAL SE CONTIENEN AFABLES Y GRACIOSOS DICHOS, CUENTOS HERÓICOS Y DE MUCHA SENTENCIA Y DOCTRINA (*).

PRIMERA PARTE

SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES,

EN EL CUAL SE CONTIENEN MUY APACIBLES Y GRACIOSOS CUENTOS Y DICHOS MUY FACETOS.

CUENTO PRIMERO.

Un tamborinero tenía una mujer tan contraria á su opinion, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque había de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima; al pasar de un río, díjole: «mujer, cantad; no tangais el tamborino, que se espantará el asno.» Como si dijera táfelo, en ser en el río sonó el tamborino, y el asno espantándose púsose en el fondo, y echó vuestra mujer al río; y él por bien que quiso ayudalle no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla á buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando: «huen hombre, ¿qué buscáis?» Respondió: «mi mujer, que se es ahogada.— Señor, ¿y al contrario la habeis de buscar?—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria á mis opiniones.»

CUENTO II.

A un aldeano de Murcia, trocáble cierta heredad, que tenía á la orilla del río, con otra que estaba dentro de un cercado. La mujer rogábele que lo hiciese, y el aldeano nunca quiso conceder á sus ruegos. En este intermedio

(* Estos cuentos, con alguna leve alteracion en su orden numérico, están sacados del libro en 4.º impreso con este título en Valencia, año de 1569, y de otro en 12.º impreso en Alcalá de Henares en 1576, con el título siguiente: *Alivio de caminantes compuesto por Juan Timoneda*. Aquel no puede considerarse como primera edición, supuesto que dice en su portada: *Agora de nuevo añadido por el mismo autor, así en los cuentos como en las Memorias de España y Valencia*. En el segundo se suprimieron nada menos que sesenta y cinco cuentos; y en seguida del título se lee esta advertencia: *En esta última impresion van quitadas muchas cosas superfluas, deshonestas y mal sonantes, que en las otras estaban*. Sirve de prólogo la siguiente epístola al lector.—«Curioso lector. Como oír y ver y leer sean tres causas principales, ejercitándolas, por do el hombre viene á alcanzar toda ciencia, esas mesmas han tenido fuerza para conmigo en que me dispusiese á componer el libro presente, dicho *Alivio de caminantes*, en el cual se contienen diversos y graciosos cuentos, afables dichos, y muy sentenciosos. Así que, fácilmente lo que yo en diversos años he oído, visto y leído, podrás brevemente saber de coro, para poder decir algun cuento de los presentes. Pero lo que nos importa para tí y para mí, porque no nos tengan por fríaticos, es que estando en conversacion, y quieras decir algun contecillo, lo digas al propósito de lo que trataren; y si en algunos he encubierto los nombres á quien acontecieron, ha sido por celo de honestidad y evitar contiendas. Por tanto así por el uno, como por el otro, te pido perdon, el cual pienso no se me podrá negar. Vale.»

vino el río tan grande que hubieron de huir de la heredad; y sobre todas las lástimas que dijo la mujer fué esta: «Dios os lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra.»

CUENTO III.

Habiéndole cabido en suerte á un honrado marido de casarse con una viuda mal domada, y él le diese del pan y del palo, ella fué á quejarse á sus parientes. Los parientes reprehendiendo al marido, que no había de tratar así á su mujer, sino castigarla con buenas palabras, ofreciéndoles que así lo haría, la destrabada viuda regíase muy peor. El buen mancebo, por no quebrar su promesa, tomó un palo y escribió á la una parte estas palabras: *Pater noster*, y á la otra, *Ave Maria*; y como ella se desmandase, dióle con él. Volviéndose á quejar, y venidos los parientes, díjéronle que muy mal había cumplido su palabra. Respondió el mancebo: «antes, señores, he cumplido lo que me mandasteis, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que en este palo está escrito.» Viendo su agudeza, no tuvieron que responder sino volverse á sus casas.

CUENTO IV.

Viendo un labrador que en una biguera que tenía en su heredad se habían desesperado en ella, por discurso de tiempo, algunos hombres, teniéndolo por mal agüero determinó de cortalla; pero antes desto, presumiendo de gracioso, hizo hacer un pregon por la ciudad, que si alguno había que se quisiese ahorcar en su biguera, que se determinase dentro de tres días, porque la quería cortar de su campo.

CUENTO V.

Encontrando un día el autor un amigo suyo en el mercado, y como era por la mañana que atravasaban muchas bestias por él, le dijo: «señor, desempachad de compras, que van muchas bestias por el mercado.» Entonces el autor se paró diciendo: «no haré por cierto, porque yo parado sé que estoy agora.»